

Septiembre
29
Martes
Año 1914

El Pueblo Manchego

DIARIO DE INFORMACIÓN

DOS EDICIONES DIARIAS

ANO IV.—NUM. 1.117

Redacción, Administración
y Talleres:
LIBERTAD, NUM. 4
Apasado núm. 15.—Teléfono núm. 98
No se devuelven los originales

Franqueo concertado

La guerra en Europa

La fusión del Rey Albert

Traducción de la Gaceta de Francfort.
Bastante tiempo antes de la actual guerra, cuando comenzaron las preocupaciones sobre las insuficientes defensas de Bélgica que terminaron con la instalación de nuevas fortalezas en Lieja, Namur y Amberes, apareció en Bruselas un folleto, cuyo autor fué un general belga en activo. En dicho folleto se decía y se trataba de la guerra en Europa. Este folleto, que al comenzar una guerra entre Francia y Alemania, Bélgica habría de colocarse del lado de esta última potencia. Este folleto fué motejado entonces de cobardía y el autor atacado rudemente, aun cuando también otros oficiales de elevada graduación eran de la misma opinión, que Bélgica debería mantenerse al lado del ejército alemán.

Ahora bien, el convencimiento general en Bélgica era que no se verificaría la violación de su neutralidad, en parte por miedo de Alemania a Inglaterra y en parte también en consideración a los fuertes del Mosa que habían sido reforzados hacía poco tiempo y al aumento del Ejército belga. El paso hacia Francia por Bélgica, reconocido por el Estado Mayor alemán como indispensable y necesario, no debía parecer a los belgas dudoso ni que pudieran oponerse a él sin el auxilio de franceses e ingleses, basándose solamente en la resistencia de la fortaleza de Lieja y en sus propios cuerpos de ejército. La situación del rey era, que si dejaba a través al ejército alemán sin combatir se hubiera expuesto a un desmoronamiento por parte de los valones, que hubieran declarado inmediatamente su adhesión a la República Francesa, llamando en su auxilio a los pantalones colorados. Esto lo hubiera el rey salvado adhiriéndose inmediatamente a Alemania, como el general arriba citado había previsto. Pero las simpatías por Francia y el odio hacia Alemania dominaron de tal forma al Gobierno, a una gran parte del ejército y a todo el pueblo valón, que el rey se consideró decididamente mejor con una política de amistad hacia los franceses, más segura en su trono y también más segura militarmente por las cifras de los ejércitos franceses, ingleses y rusos; que sumados, sobre el papel, habrían de destruir a Alemania, esto lo oía y leía todos los días el rey. Esto explicaba también la inclinación que, como se puso de manifiesto ya antes de las hostilidades, se inició hacia los franceses, principalmente en la frontera y aun en Lieja mismo, donde bajo el capote de belgas hechos prisioneros fueron halladas prendas de uniformes franceses. Las manifestaciones tranquilizadoras del Emperador alemán pocas días antes del ultimatum fueron: «Nada tienen ustedes que temer de nosotros. Verán ustedes probablemente la casa de sus vecinos ardiendo en llamas por vuestra propia culpa: permanecerá intacta.» Así informaban al menos «Le soir» «Etoile belge» etc. lo que pesaba en los belgas en la seguridad absoluta, hasta que se inició la invasión. La explicación oficial de que no habría de ser tocada la integridad belga, por cuanto Alemania solo necesitaba paso libre para llegar hasta los franceses, no fue creída y empezó la guerra popular contra los alemanes iniciando procedimientos cívicos contra los paisanos alemanes residentes en Bélgica.

Nuevamente tuvo el Rey ocasión de salir del apuro cuando al rendirse Lieja se le hizo el ofrecimiento de apartarse de la lucha, garantizándole nuevamente su trono y la integridad del país. Por aquel tiempo ya había hecho la triste experiencia de haber sido abandonado en la estación por sus «amigos» los franceses e ingleses, que fándose solo con su pequeño ejército frente al formidable e invencible alemán.

El haber rechazado la mano de Alemania aun después de haberse visto ya en peligro en lo más sagrado de su confianza demuestra una ceguera rayana en locura, haciéndole acreedor a la compasión y a la pérdida del favor de su adversario.

¿Cuanto más prudente fué Leopoldo II en la guerra del 70? El era también monarca constitucional, pero era también consejero de sí propio en asuntos de gran importancia, mientras el Rey Alberto se sometió a los consejos de sus ministros, inspirados en sentimientos franceses, cuyas tendencias fueron robustecidas aun más por los ministros sin carisma Paul Hymans, Goblet d'Alviell y Vandewilde que el nombre al estallar la guerra. Todos ellos siguieron las instrucciones del ministro residente francés Klobukowski, salido a la corte y los

ministros para Amberes. Mientras el Rey Alberto estaba indudablemente por completo sometido al criterio francés sin liberarse de él aun después de haberle dejado abandonado los ingleses y franceses, su antecesor había hecho en el trono buena política, a fin de ahorrarse a su país las crueldades de la guerra. Como pensaba su antecesor entonces, se desprende entre otras cosas de su felicitación dirigida al Rey. Guillermo de Prusia después de la batalla de Sedán y que dice: «Al derrotar V. M. al último gran ejército francés, no solamente ha obtenido con ello una gran victoria sobre el enemigo sino que ha prestado un gran servicio a la civilización. Leopoldo». Así se escribe la historia.

Puntualizando

(DE NUESTRO CRONISTA EN MADRID)

Ignoro por qué regla de tres deducen que a determinados católicos no les agrada el resurgimiento que a ojos vistas se está operando en Francia. Es una locura pensarlo y una insensatez inaudita escribirlo. Aunque existan razones de mucho peso, ¿intereses de mucha monta que nos apartan de aquella nación, no hay duda alguna que el abismo lo ha abandonado la política secretaría de los últimos veinte años, la cual no quedó confinada en Francia sino que se exportó o trató de exportarse a las otras naciones, en las que ha causado estragos. Y es evidente que lo que más puede agradarnos es que los tales motivos que provocan legítimas prevenciones y aún justificados odios desaparezcan, pues que para los católicos en general será un día venturoso aquel en que, por lo que quiera que sea, resulte vencida o arrojada la política antirreligiosa que la tiranía oficial impuso a la Francia de San Luis.

Claro está que la rectificación lenta que va haciéndose ya evidencia, el fracaso de esa política. Ahora se ve que en los franceses graves y solemnes para la vida de las naciones, el anticlericalismo con todas sus derivaciones, incluso las antipatrióticas, solo sirve para que se aflojen todos los resortes de la autoridad y se quebranten los fundamentos de la nación y los pueblos se hundan. Ahora se ve que el alma francesa a la que violentamente se le hizo salir de las iglesias, busca en ellas el consuelo y la fortaleza que no ha podido hallar en las escuelas ateas, y ya no se tiene ni aun por difícil que deje de negarse hospitalidad en el suelo francés a quienes por la sola razón de que ejemplarizaban y atraían a todos con sus virtudes, fueron injustamente de él arrojados.

Pero esta saludable reacción ha venido por la guerra, por las amenazas que sobre Francia ha cernido la guerra. Y en este concepto, y si como resultado de ella viniera al cabo una rectificación de las alianzas que ahora proyectan sobre aquella sombras cartaginesas que deseamos, ardientemente ver disipadas, nosotros bendeciríamos la hora en que se rompieron las hostilidades, pues por el camino del dolor y con la lluvia de lágrimas se había salvado un pueblo y podrían darse el abrazo de la reconciliación dos naciones hermanas.

MIGUEL PEÑAFLORES

Palabras potentes

(EXTRACTO DEL PERIÓDICO «HEMELBERGER TAGBLATT»)

El diputado nacionalista francés comandante Driant, había profetizado los terribles acontecimientos que se desarrollan ahora en Europa hace bastante tiempo. En su libro «Frente a un nuevo Sedán» dice:

Si el año 1870 hubieran dicho los franceses perspicaces a todo el país: «Os echéis a un precipicio metiendoos con Alemania; el ejército no está preparado, las fortalezas están vacías, los alemanes son diez veces más fuertes y más numerosos que nosotros» ¡con qué reconocimiento hubieran aceptado sus patrióticos advertencias! La situación ha vuelto hoy a ser la misma, que digo, es aun peor! Ciertamente, tenemos defensas, material sanitario, artillería, como no lo teníamos en el año 1870; en ciertos puntos estamos mejor dotados que nuestros

elemento moral. La organización, dirección y disciplina de antes ya no las tenemos. Aceptar la guerra en tales circunstancias sería un delito rayano en locura. Hay en Francia sin embargo personalidades directoras que precipitarían al país en la más monstruosa de las aventuras, por servir los intereses especiales de Inglaterra que busca en nosotros tropas mercenarias para ahorrar su propia sangre. Tengo el pleno convencimiento de que este día está cerca. Inglaterra no quiere retroceder más ante Alemania, lo que ya ha cedido en todos los mercados comerciales. Los hombres de Estado ingleses saben que Alemania se está convirtiendo en una de las potencias marítimas más temibles y que las aspiraciones inglesas sufren con esto considerablemente, saben además que si titubea mucho no estará ya el ejército francés, cuya decadencia continúa acentuándose, en condiciones de cumplir a los Vosgos sus deberes de aliado. Su interés lo requiere, que los acontecimientos se precipiten, pues el egoísmo inglés domina hoy al mundo. En un día fijado por Inglaterra empezará la gran lucha. Por lo demás, le es completamente indiferente a Inglaterra si Francia queda postrada en sus fibras más delicadas.

Si se inicia hoy a Francia a una guerra contra Alemania será una lucha desgraciada. Francia será derrotada como en 1870; la derrota será acaso mucho más completa, pues veremos hoy ejemplos de pánico y cobardía como no los conocieron nuestros padres. Ellos estuvieron mal dirigidos, pero supieron morir y en las grandes batallas salvaron el honor. Hoy existen millares de franceses convencidos de que la patria ya no es acreedora a los sacrificios que le han ofrecido tantas generaciones. Millares de franceses no protestaron cuando un malvado les dijo que la bandera era un pingajo, bastante bueno para arrojarlo a la basura.

Lo sé muy bien, se ha repetido hasta la saciedad, un ejército sin disciplina es un ejército perdido, y sin embargo debe repetirse esta trillada frase, porque la disciplina en el ejército francés languidece sin que la superioridad se inquiete por ello, porque el ejército perece sin que la nación se preocupe del particular.

Esta es la verdad y el mal: el ejército francés no tiene ya ningún director.

En el otro bando teuton se sabe mandar; todo el mundo obedece al César germano; desde hace más de veinte años ha enseñado, ha animado y ha indicado todo aquello que, era de necesidad. Desde hace más de veinte años ha venido hablando a su pueblo del Dios de las batallas, de los deberes del soldado, de los destinos del imperio alemán. Su espíritu da vida a todo el ejército desde el primer general hasta el último soldado. Tengo el convencimiento absoluto de que en la hora del peligro todo el mundo se dejará arrastrar y electrizar por él, y que donde se trate de alcanzar un gran triunfo su presencia tendrá tanto peso como un cuerpo de ejército. Su soberana voluntad domina en el campo de batalla. Su voluntad conduce a las masas, en los desfiladeros de los valles, en los bosques sombríos, masas que se cierran con un lejano ruido indefinido para llevar a cabo el cercamiento del enemigo.

Es el caudillo que manda, a él se obedece. Y tras él está toda Alemania como un hombre, dispuesta a todos los sacrificios que él le exija. Los socialistas militan en sus filas, ellos tampoco piensan en otra cosa que en los destinos sagrados de la patria.

Driant no es el único francés que ha predicho a sus paisanos la gran desgracia de 1914. Lo mismo había hecho Jaurès, que, entre otras cosas, opinaba que los Alemanes entrarían en Bélgica y conquistarían desde allí toda Francia. Jaurès fué asesinado porque atacó a los instigadores de la guerra; la primera parte de su predicción, la entrada de los alemanes en Bélgica, se ha cumplido ya, y la segunda se verificará en plazo no lejano.

Esos son los soldados

Los Castelnaud

Entre el montón de noticias que un día y otro arroja el telégrafo sobre las columnas de la prensa de todo el mundo dando cuenta de episodios y otros detalles de las tremendas luchas que se desarrollan en territorio francés, ha aparecido una que dice:

«El Gobierno francés ha elevado al general Castelnaud a gran oficial de la Legión de Honor.»

¿Cuál o cuáles son los hechos realizados por el general Castelnaud para que el Gobierno de su país le haya otorgado tan alta recompensa?

Pues, sencillamente, dicho en pocas más de dos palabras, hacer inexpugnable la gran corona de Nancy contra las acometidas de los ejércitos alemanes.

Cuando Joffre se encargó del mando supremo de los ejércitos franceses, impulsó al general Castelnaud para el mando del segundo ejército, o ejército de cobertura.

Durante buen número de años Castelnaud había vivido de las esferas oficiales; era un olvidado, mejor dicho, un postergado, a consecuencia de sus arraigadas creencias religiosas; era un católico que no podía vivir en el ambiente de los que votaron la separación de la Iglesia del Estado.

Joffre, conocedor de su mucho valor como estratega y como soldado, sacó a Castelnaud del retiro en que vivía, acto del cual bien puede estar orgulloso, porque con él ha prestado a Francia un apreciable servicio.

Pero no solo por la defensa de Nancy es merecedor del aplauso el nombre de Castelnaud.

Al principio de la guerra tenía el defensor de Nancy cuatro hijos; decimos tenía porque dos de ellos ya han muerto en las

líneas de fuego; el subteniente Javier y el teniente Gerardo de Castelnaud, del 7.º de infantería, ambos peleando en el ejército de su padre.

Hace unos días hablando la esposa del general Castelnaud con unos amigos, dijo: «Tengo cuatro hijos en el ejército. Sé que no los volveré a ver. Mi marido volverá solo. El no tiene derecho a hacerse matar.»

¿Es posible encontrar calificativos para tales palabras? Lo sublime no se comenta nunca. Al morir el primero de los Castelnaud, el cura de Ronergue, pequeña aldea escondida entre las montañas lorenesas, fué encargado de comunicar a la heroica dama la triste nueva, pero ya era de noche y dejó tan difícil misión para el siguiente día.

Al dar la comunión en la misa de Alba, a la mañana siguiente, el venerable sacerdote vió a la esposa de Castelnaud entre los fieles que se habían acercado para recibir al Señor; y mudo, suspendido, dejando adivinar en su rostro una emoción que para la generala fué harto reveladora, se acercó a ésta. Mme. Castelnaud bajó los ojos; y con voz tenue y temblorosa, dijo:

—¿Cuál de ellos?—Contestó el sacerdote, y con lágrimas en los ojos, pero con entereza y resignación ejemplares, la esposa del general recibió la Sagrada Forma.

No muchas horas antes, el general Castelnaud se hallaba rodeado de sus ayudantes e inclinado sobre un mapa.

Multiplicaba sus órdenes, sin abandonar, su calma, mostrándose tranquilo, vigilante, luminoso, cuando vió entrar un ayudante de campo:

—¿Qué hay?—le preguntó.

—Traigo malas noticias de uno de vuestros hijos.

—Ha muerto ¿no es verdad?—

—Sí, mi general.

Castelnaud se puso intensamente pálido; pero recordando casi instantáneamente su serenidad, exclamó:

—Al trabajo, señores.

Y continuó dirigiendo la batalla.

Con razón dice el periódico francés de que transcribimos este histórico diálogo, que no se sabe qué admirar más, si el estoicismo del general Castelnaud o la resignación cristiana de su esposa.

Ante el Tribunal del Jurado

LA CAUSA DE ARGAMASILLA

SEGUNDA SESION

Busco público en los alrededores de la Audiencia. Las mismas precauciones que ayer.

A las diez y media se constituye la Sala, reanudándose la vista.

En el local menos público que en la sesión anterior.

Continúa la prueba testifical.

Testigos de las acusaciones.

Miguel Aparicio.—Amigo y correligionario del Sr. Peñasco.

Dice que dicho señor fué amigo de los Sres. Rosales.

Las luchas políticas fueron el origen de que cesase entre ellos la amistad.

Habla de que un molinero se le mostró un día acobardado, ante las proposiciones que se le hacían para atacar contra Peñasco.

Refiere los hechos acaecidos una de las noches de las fiestas de Argamasilla, en Septiembre de 1910.

Afirma que cree que José Antonio Rosales puede ser el inductor del crimen.

Añade que D. José Rosales era hombre influyente y un caballero.

Le interroga el letrado Sr. Cueva.

Defensor.—¿Es usted intimo de Pedro Torres?

Testigo.—Sí, señor.

D.—Es usted radical y pertenece al partido de Argamasilla?

Testigo.—Sí, señor.

D.—Tiene usted noticias de una carta que le escribió Torres?

T.—Yo no la recibí.

El acusador Sr. Albornoz le pregunta:—¿No oyó V. decir que había sido robada, sustraida de Correos?

Testigo.—Debió ser.

A otras preguntas del letrado Sr. Cueva dice que él no recuerda de lo anterior.

Fiscal.—Sabe usted que D. Pedro Torres le envió una carta, que él depositó en Correos?

Testigo.—Bao me dijo Torres.

Sr. Alvarez (D. Melquíades).—Ha dicho V. que los enemigos políticos han causado la desgracia de Peñasco?

Testigo.—Sí, señor.

D.—Se extendía la enemistad de la familia Rosales a los amigos de la misma?

T.—No lo sé; la enemistad era entre los Sres. Rosales y Peñasco?

Hace otra vez referencia a lo que le dijo un molinero sobre proposiciones, contra Peñasco.

El se lo advirtió a Peñasco.

D.—¿Y no se le ocurrió a ustedes decirle al juzgado que una familia preparaba el asesinato de Peñasco?

T.—No, señor.

D.—¿A saber usted la muerte de Peñasco, no se presentó usted al juez a decirle aquellos supuestos propósitos de los Rosales?

T.—No, señor.

D.—A pesar de que no se le hubiera requerido como se le requirió, no hubiera usted acudido al juez?

T.—Si se hubieran tardado si.

D.—Pero en los primeros días, a pesar de saber usted, por el molinero, que la familia de Rosales querían asesinar a Peñasco, no fué usted al juzgado espontáneamente?

T.—No, señor.

El testigo se muestra nervioso y el presidente le ruega que se tranquilice.

A raíz del Sr. Alvarez queda a disposición este testigo, por si fuese preciso celebrar algún cargo.

Agustín Ciudad.—Médico. Intimo amigo del Sr. Peñasco. También lo era de D. José Rosales.

Le interrogan las acusaciones. Refiere la enemistad entre la familia Rosales y Peñasco. El rogó a este en cierta ocasión que depusiera su actitud, a lo que le dijo que él era imposible, según se habían puesto las cosas.

Carece de datos para afirmar quién ha podido ser el inductor del asesinato de Peñasco.

A.—¿No cree el testigo que esté complicado en el crimen, algún individuo de la familia de Rosales?

T.—Yo no puedo hacer esa ofensa a quienes han sido mis amigos.

A.—¿No les acusa el ambiente popular?

T.—Hay quien acusa a los Sres. Rosales y los defiende, según la relación de los individuos, las simpatías, etc.

A.—Apura su ingenio el acusador por arrancar del testigo una frase que comprometa a la familia Rosales; con resultado negativo en absoluto.

El señor fiscal le somete a un nuevo interrogatorio.

También el Sr. Menéndez Pallares hace unas preguntas.

Refiere a los acusados de autores materiales y sus declaraciones sumarias.

A.—¿Cabe la posibilidad de la inducción de Rosales?

T.—Carezco de antecedentes para puntualizar así.

Advierte el testigo que el no puede decir lo que no sabe y carece de base para exponer toda opinión. (Aprobación).

Preguntado por el defensor de Cándido, dice que no conoce a este ni al procesado fallecido.

Desconoce las relaciones que pudieran tener con el Sr. Peñasco.

Es leída la declaración de un testigo que no comparece.

Refiere a los sucesos de Septiembre, en los cuales fueron muertos dos obreros de Argamasilla.

Emilio Rosales.—No se ha presentado y también es leída su declaración.

Dice que el día de autos vió por la mañana en Argamasilla al Sr. Peñasco, quien le dijo que iba a Almodóvar.

Añade que nada sabe de quien pueda haber asesinado a dicho señor.

Habla también de una carta de D. Juan Rosales a D. Manuel Gómez.

Federico Pasamontes.—Tampoco se ha presentado.

Su declaración sumaria dice ante la guardia civil que ante él y otros un individuo de Calzada dijo que el día de autos había visto al Sr. Peñasco de Almodóvar a Argamasilla, acompañado de otro individuo con manta y escopeta.

Alude también a otros hechos anteriores al de autos.

Antonio Cero.—Como los anteriores, no comparece.

Renuncian otros dos de las acusaciones. Francisco Rodríguez. Pacó el molinero. Vecino de Argamasilla.

Le interroga el acusador Sr. Albornoz.

A.—Recuerda que en una conversación con D. Miguel Aparicio, le dijo usted que se tenía que marchar de Argamasilla, porque la familia de Rosales le proponían incestuosamente que matase a Peñasco?

T.—No, señor.

El testigo se muestra nervioso y el presidente le ruega que se tranquilice.

T.—No, señor.

T.—No, señor.

T.—No, señor.

Se ordena comparezca D. Miguel Aparicio.

Dice que no le extraña la negativa, si ha decidido negarlo.

Se entabla entre los dos testigos un vivo diálogo, negativo el del molinero y afirmativo el del Sr. Aparicio.

Por el diálogo sabemos que el primero debía al segundo cierta cantidad, que le fué pagando en pan.

El molinero dice que quien le rogó varias veces que acusase a los Rosales de tales propósitos fué él y nadie más.

Añade que la familia Rosales no le ha querido nunca mal, sino él y otros como él. (Risas).

Miguel Aparicio nos cuenta que el molinero se dio de baja del Casino radical y se dio de alta en el Agrícola, por cuya prosperidad trabajaba.

De ello se desprende que a los radicales no gustó la conducta del molinero.

Este refiere que un día Aparicio, un tal Barragán y otros dos fueron por ese motivo a pegarle.

Uno de los otros dos era D. Heliodoro Peñasco, que le pegó un puntazo.

Aparicio dice que es cierto lo del puntazo, porque el molinero lo trató de embustero.

Termina el molinero diciendo que le acorquinaron entre todos y que al sentir el golpe que le dio Peñasco escapó.

Y nada más nos dicen los señores del caso.

Comparece otro testigo, vecino del Sr. Gómez Quintero.

No dice nada, pero cuando habla pregunta.

—¿Quién me paga a mí los gastos del viaje? La otra vez no se me pagó. (Risas).

El señor presidente le promete resolver en justicia.

Telefófono Arias.—Criado, también de D. Manuel Gómez Quintero.

Tampoco dice nada interesante.

Dice que una vez llevó un recado de su amo a los Sres. Rosales.

Se lee la declaración de otro testigo que no comparece.

Es de una criada que, antes del asesinato de Peñasco, un día dijo, delante de otro: «A ese tío criminal lo han de matar a lo mejor.»

Renuncian las acusaciones otros testigos.

Romualdo Castellano.—No comparece. Es radical, amigo íntimo de los señores Peñasco y Aparicio. Oyó decir que habían de morir tres en el pueblo.

Se renuncian dos testigos más.

Angel Pasamontes.—No comparece.

El acusador Sr. Menéndez Pallares pide sea leída su declaración.

Se refiere a hechos precedentes al de autos, sobre las diferencias con la familia Rosales.

También se lee la declaración de un testigo fallecido. Se refiere a su estancia en el hospital provincial donde conoció a Francisco Sánchez.

Oyó a este que le había socorrido su señorío, pero que no sabía a quien podía dirigirse.

Sigue la renuncia de testigos.

Francisco Molina.—Tampoco se ha presentado.

Salvador Morales.—Amigo del Sr. Peñasco. Vivía en Madrid. En ciertas contadas su amigo las luchas de Argamasilla.

Oyó decir, que Peñasco recibía a

no con amabilidad.

DE LA CAMPAÑA

Madrid 29-11-50 m.

El Consejo de hoy

En el Consejo de esta tarde se ocuparán los ministros, aparte de los problemas económicos derivados de la guerra, acerca de la reorganización sanitaria del ejército.

Con dicho fin se concederá un crédito de 1.200.000 pesetas.

El «memorandum»

Nuestro embajador en Inglaterra señor marqués de Villalobar ha remitido al ministro de Estado un avance del «memorandum» que piensa enviar el gobierno británico a las potencias neutras protestando contra la conducta observada por Alemania en el mar del Norte.

Generales relevados

En San Sebastián corre el rumor de haber sido relevados por negligencia en el cumplimiento de sus funciones varios generales del ejército francés. Y agregan las referencias antes citadas que el general Pau fue destituido en Burdeos luego de conferenciar extensamente con el ministro de la Guerra.

La nota oficial

BURDEOS.—Envío extractado el comunicado oficial de las once de la noche.

El ala izquierda francesa mantiene sus posiciones.

El centro resiste indomable el violentísimo ataque germano, obteniendo algunas ventajas en las inmediaciones del Mosá.

En la Lorena y los Vosgos nuestra situación termina la nota—es igual.

Los «Zeppelines»

Dicen de Ostende que las bombas lanzadas por los alemanes, levantaron varios rieles de la línea férrea de Gante.

El objetivo de los aviones alemanes era destruir los trenes de municiones, los cuales ya habían llegado a su destino.

Avanzando

LONDRES.—El sábado llegaron los alemanes a Waterloo.

Abd-el-Aziz

BURDEOS.—El ex sultán de Marruecos acompañado de su secretario A. del H. Kimi confirió largamente con Poincaré.

Más tarde le devolvió la visita un ayudante del presidente.

También le visitaron Viviani y el ministro de Negocios extranjeros.

Academia General de Enseñanza

CIUDAD REAL

MATRÍCULA.—Queda abierta en la Secretaría de este Centro para el próximo curso, hasta el último día del mes actual en las siguientes Secciones:

1.ª Enseñanza.—En la Escuela Graduada sólo se admite un número limitado de discípulos en sus tres grupos de: Párvulos, Elemental y Superior. Las enseñanzas de Francés, Mecanografía y Párvulos están encomendadas al profesor Suiso, D. AMADEO POISAT, y las restantes a profesores de instrucción primaria.

2.ª Enseñanza.—Los alumnos del Bachillerato son matriculados oficialmente en el Instituto de esta capital, asistiendo además a las clases y estudios de la Academia, desempeñadas e inspeccionadas por DOCTORES y LICENCIADOS en las FACULTADES DE CIENCIAS Y LETRAS.

3.ª Enseñanza.—En la actualidad pueden prepararse para las convocatorias de Correos y Telégrafos, a cargo de oficiales de dichos Cuerpos, y las de Sobrestantes y Ayudantes de Montes, están confiadas a los Ingenieros DON FRANCISCO RUS, D. RAFAEL DE LA LLAVE y D. FERNANDO BARRÓN.

La preparación para las convocatorias militares con arreglo al nuevo plan, e instrucción en la Escuela Militar Particular, está encomendada al capitán de Artillería e Ingeniero industrial DON SALVADOR PUJOL RUBALDO.

Advertencia

Las plazas del internado deberán solicitarse con anticipación y se concederán según el orden en que se hagan las peticiones, expresando la edad y estudios que deseen emprender los alumnos.

Puede visitarse la Academia para apreciar las condiciones que reúne, y los resultados de los exámenes constan detalladamente en el Boletín que se facilitará a quien la pida.

La Dirección

Varias cosas

Madrid 29-11-50 m.

(DE NUESTROS COLABORADORES)

Las mañanas de Dato

Después de despachar el Sr. Dato con el rey marchó al ministerio de Estado donde Lema le informó de los últimos telegramas de la guerra.

Dato dice

A medio día hablamos con el presidente.

Dijonos este que las noticias de la guerra carecían de interés.

En la presidencia

Esta mañana han visitado a Dato en su despacho oficial Navarro Réver y el duque de Mandas.

Sin novedad

El ministro de la Guerra no ha manifestado que en Marruecos no ocurre novedad alguna.

En Palacio

El presidente del Congreso Sr. Basada ha ofrecido esta mañana sus respetos al Monarca.

Despachando

Con el rey ha despachado hoy Sánchez Guerra, sometiendo a la firma varios expedientes sin importancia.

Carranza y Villa

Un ayudante del general Carranza que se encuentra accidentalmente en Madrid nos ha confirmado la ruptura entre el presidente de la república mexicana y el general Pancho Villa.

Nos dijo que su país se regocijara de esta ruptura porque con ella se enfrenaría al impudor y codicia de la revolución.

Manifestó así mismo que el gobierno mejicano enviará 70 fusiles sistema Mondragón para que los ensaye nuestro ejército.

OBRA NUEVA

SE HA PUESTO A LA VENTA EN LAS LIBRERÍAS DE MADRID Y PROVINCIAS, EDITADA POR LA CASA DE FERNANDO FÉ, LA NUEVA OBRA LITERARIA TITULADA

Del Solar Hidalgo

DE ISAAC ANTONINO, AVICEO, CON PRÓLOGO DEL ILUSTRE CRÍTICO JOSÉ FRANCÉS Y CUBIERTA EN TRICOMÍA DEL INSIGNE ANDRADE.

EN CIUDAD REAL, LIBRERÍA DE CARLOS PÉREZ, CALLE DE LA FERIA.

Solemnes cultos

Verdaderamente magnífico y espléndido ha resultado el novenario que desde el día 19 hasta el domingo 27 han venido celebrando los RR. PP. Misioneros en honor del Purísimo Corazón de María.

El templo se ha visto todas las tardes literalmente repleto de fieles ávidos de escuchar el verbo cálido y elocuente del R. P. Arjona, de la residencia de Sevilla, orador de sólida cultura y bien cimentados prestigios.

La función principal revistió idéntica solemnidad, concurriendo también numerosos fieles.

DE SOCIEDAD

Los que viajan

Ayer tarde regresó a esta capital, el teniente general D. FRANCISCO AGUILERA y EGÜE.

—Esta mañana ha llegado el propietario de Valdepeñas D. Fidel Roderio.

—Después de pasar la temporada de verano en el balneario de Villar del Pozo, ha hecho su regreso a esta capital, el médico de la beneficencia municipal amigo nuestro don Francisco Recio y su distinguida familia.

—Ayer tuvimos el gusto de saludar al gobernador de Albacete D. Pablo Plaza.

—También ha llegado de Valdepeñas, don Nicolás Camacho.

—De Hinojosa, ha llegado D. Carmelo Sánchez, propietario.

—De Madrid ha regresado el oficial de esta zona D. Ricardo Vega.

ABONOS

DEMETRIO ALONSO

GARANTIZADOS

ANÁLISIS

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

CASA PURGADA

No sabe de quien fueran.

Casimiro Pasamontes.—Renunciado por las acusaciones.

Las defensas piden que comparezca, por haberse adherido a la prueba. Luego desisten.

Juan Delgado.—Ha fallecido.

Son renunciados otros testigos en número de cinco o seis.

Manuel García.—Jornalero. El Sr. Albornoz le pregunta si es jefe de la cárcel de Almodóvar.

El testigo dice que no y el público ríe. Se lee la declaración de Gabriel García. Nadie se enteró de ella. El público no guarda atención, harto de lectura, y agobiado por la monotonía ambiente.

Unos carros cruzan rodando sobre los guijeros de la calle, y su ruido impide que llegue hasta nosotros una sola palabra del relator.

Fernando Camero.—Este testigo es uno de las varias docenas correspondientes a las acusaciones, que no comparecen.

Se lee la declaración de José Ruiz. Esta causa parece la revisión de un sumario y no de un juicio oral; una velada de literatura (il) curulesca.

Bostezamos. Desde la vista anterior se ha dejado la barba; una enorme barba blanca, que recuerda a los popes rusos, o a los nihilistas idem. Refiere lo que otro le refirió, que a su vez oyó referir a otro, sobre las supuestas intenciones de la familia Rosales con relación a Peñasco.

Comparece otro testigo, de cuyo nombre no hemos tomado nota.

Este es el que oyó decir lo de las intenciones.

Antonio Martín.—Teniente de la guardia civil. Ha salido un instante.

Oscar Camacho.—Cabo de la benemérita. Tomó declaración a Cándido. Está emocionadísimo; le falta aire.

Poco a poco da cuenta de las diligencias que practicó a raíz del hecho de autos.

Dice que se le recogió la escopeta a Cándido y que no se declaró autor del hecho, leyéndole luego la declaración.

Niega que nunca recibiese quejas, fuera de la casa, contra Cándido Pérez.

Pedro Torres.—El autor de la carta célebre.

Promete.

Dice que no conoce a los procesados.

A preguntas del Sr. Menéndez Párrales dice que era íntimo de Peñasco.

Refiere que es redactor de El Radical, en cuya redacción se recibió un telegrama, dando cuenta de la acusación de José Antonio Rosales.

Hace alusión a una carta publicada en el periódico republicano El País, firmada por D. Juan Rosales.

(Recordamos al lector que el referido artículo a carta se publicó después de otros en los que se ofendía a la familia Rosales.)

Vuélvese a hablar de la carta que dirigió el declarante a D. Miguel Aparicio, acerca de una visita de la viuda de Peñasco al fiscal del Supremo, lamentándose de que los amigos del asesinado no se enterasen de ciertas gestiones llevadas a cabo en la cárcel de Almodóvar. Añade que se permitía hacer manifestaciones respecto a otras personas.

Interviene el letrado Sr. Cueva.

D.—Usted es autor de lo que habla de Peñasco y de su asesinato?

T.—Sí, señor.

D.—Conoció a Cándido?

T.—No, señor.

D.—Y dijo usted en su libro que era un mozo dedicado a la caza, perseguido siempre por la guardia civil, de conducta pésima?

T.—Sí, señor.

D.—No dijo usted que no le conocía?

T.—Me enteré después, de su vida, en Argamasilla.

T.—En sentido metafórico.

Otras preguntas hacen reír nuevamente al público.

No pone en claro si es forzosamente, o hábilmente como se arranca una declaración.

El Sr. Alvarez (D. Melquíades).—Sabe el testigo que yo escribí una carta al juez especial de la causa?

Testigo.—No señor; lo oí decir, de rumor.

D.—Porque yo no escribí nunca a los tribunales de justicia; y si usted afirmase rogaria que por telégrafo nos dijera el aludido funcionario la verdad o compareciese, en la seguridad que desmentía al testigo.

T.—No puedo decir si era o no cierto. (Sensación).

D.—Entonces, como el testigo es tan amante de la justicia que por el rumor público ha sostenido cierta campaña, me doy por satisfecho de su manifestación. Fue un rumor; ya lo ha dicho. (Muy bien).

No comparecen otros testigos.

Pedro Torres quedó a disposición de la sala, a la espera de que el Sr. Cueva le llamara.

Testigos de las defensas

Renuncia el Sr. Cueva diez testigos.

D. Ramón García Toledano.—Excalde de Argamasilla.

Dice que Cándido Pérez no tenía mala conducta.

Fiscal.—Recuerda usted si durante el desempeño de su cargo extendió usted certificado de buena conducta, en la mayor parte de las causas de asesinato y homicidio acaecidos en Argamasilla?

Testigo.—No creo que ocurriera más de uno de esos casos.

David García.—Dice que Miguel Casas, vigilante de la cárcel de Almodóvar, una de las veces que él fue allí, le rogó le pusiera al corriente de lo que debía hacer para cobrar una deuda.

No dice nada más.

Es renunciado otro testigo.

D. Juan Bautista Muñoz.—Hermano del abogado fallecido, del mismo apellido.

Intervino una vez en un asunto de una huerta de Francisco Sánchez, en cuya partición intervino el Sr. Peñasco, en representación de la parte contraria a Francisco.

Sabe que el Francisco vivía de limosna en Argamasilla.

Afirma que él no formaba en ningún bando político.

A preguntas del Sr. Alvarez dice que el miércoles Santo fue de caza con José Antonio Rosales.

Añade que el día del hecho de autos fue llamado por la viuda de Rosales, quien le rogó fuese por la tarde con José Antonio a arreglar el asunto del reparto de los consumos, donde estuvieron hasta anochecer.

Interroga el Sr. Albornoz a qué hora fue y dice, que de tres a cuatro.

A petición del propio letrado defensor Sr. Alvarez se lee su declaración sumarial.

Renuncian a ello las acusaciones.

Sebastián Palomo.—Anciano. Hombre del campo. Cuñado de Francisco Sánchez.

Refiere lo de la partición de la huerta, cuya parte fue representada con éxito por el Sr. Peñasco, por cuyo servicio no le cobró nada.

Afirma que conserva la huerta, a la cual creía tener derecho su hermano Francisco.

El Sr. Albornoz le pregunta que es un expediente posesorio, y naturalmente, no lo sabe el pobre hombre.

Fiscal.—En Argamasilla matan a los abogados que intervienen en particiones? (Rumores).

El testigo se calla.

dimentos y al preguntarle por qué, le respondió que él tenía otro cosa distinta a la enfermedad.

Repitió la pregunta con igual resultado, y cuando ya se retiraba el testigo, llámole el procesado y le dijo:

«Señor médico, yo tengo un peso muy grande, ese hombre es inocente, todo lo declarado en la causa es mentira».

(El público escucha con gran interés).

Preguntóle—sigue el testigo—quién era el inocente y me manifestó que José Antonio Rosales, añadiendo que el señor Peñasco fue muerto por Cándido Pérez sin que en ello interviniera José Antonio y que así lo había referido el Cándido Pérez, una noche que se presentó en su casa.

Defensor.—(Sr. Alvarez). No hizo usted saber esos extremos a alguna autoridad?

Testigo.—Sí, señor; al jefe de la cárcel, y luego no satisfecho vine a Ciudad Real y se lo manifesté al señor teniente fiscal.

Las partes hacen al testigo otras preguntas que no varían el resultado del anterior interrogatorio.

D. Antonio Martín.—Teniente de la Guardia civil. Niega que se maltrata a ningún procesado para obligarle a declarar.

Francisco Cadenas.—Sirviente en casa de los Sres. Rosales. Toda la mañana estuvieron echando sacos a los ganaderos y cortando chicharras el día de autos, estando con ellos toda la mañana José Antonio.

El acusador Sr. Menéndez Párrales confundía las puertas de la casa de la familia Rosales, y resulta de las declaraciones de los testigos que la prensa de aceite está cerrada y otra puerta distinta abierta. Ello parece contradicción.

El letrado Sr. Cueva aclara que las puertas falsas son las que están de par en par, como dijo el veterinario y la de la prensa de aceite que se halla dentro del gran patio o corral, está cerrado como dice el Francisco Cadenas. (Aprobación en el público. Bien, Bien)

No comparecen otros testigos y se suspende la vista hasta las cuatro. Son las dos menos veinte. Respiramos.

POR LA TARDE

Hace un calor insoportable. Con las cuartillas, con periódicos, o los sombreros nos hacemos fresco.

Se da la voz de Audiencia pública a las cinco menos diez.

Recomienda silencio y compostura el Sr. Campos Moro y se procede a la lectura de folios y más folios del sumario.

El lugar del letrado Sr. Alvarez lo ocupa el de este Colegio y compañero nuestro D. Emilio Bernabéu.

Más tarde vendrá el Sr. Alvarez.

En la sala poco más o menos público que está mañana y ayer: Abunda el de Argamasilla. Testigos y jurados a quienes no tocó formal tribunal, en su mayor parte. De Puertollano nadie.

Prueba documental

Se lee la diligencia de reconocimiento del lugar del suceso y levantamiento del cadáver.

La muerte fue certificada por el titular de Argamasilla Sr. Ferrandiz. El Sr. Peñasco estaba en un charco de sangre, con la base craneana destrozada, según informamos en el número de ayer.

Del reconocimiento se hace constar que desde el lugar donde estaba el cadáver a las cercanías de una huerta se observaron unas huellas de pie grande, calzando alpagatas.

También se hace constar la declaración de una huertana que dijo haber oído una detonación.

Dicese por el Juzgado que el Sr. Peñasco vestía traje de lana negro, cuello de pajarita y corbata cenicienta. Se describe la herida y los destrozos causados por el proyectil.

En los bolsillos llevaba algunas monedas de plata, un décimo de la lotería pasada, un recibo de la contribución y otros papeles.

Cerca del cadáver hallaron un sombrero flexible. Al cinto le colgaba en su funda un revólver.

Dase lectura luego a la diligencia de autopsia, un tanto minuciosa. A grandes rasgos ya conocen nuestros lectores los destrozos que al interfecto produjo el proyectil.

La muerte se le produjo estando el asesino con un plano más bajo que su víctima, y estando aquel de frente y por detrás.

Hoy otros documentos que carecen de importancia.

Al público le impacienta la lectura de la prueba documental y charla y toseando lugar al espectralamiento de los alguaciles encargados de conservar el orden.

Sigue leyendo el oficial de secretaría. Nos va repitiendo lo que dijorán a raíz del suceso los peritos armeros; poné nuestro conocimiento la diligencia del Juzgado, de reconocimiento en la prensa de los Sres. Rosales. Esta diligencia es minuciosa en la descripción del lugar: puertas, ventanas, rincones, aperos de labranza y trebejos que en el mismo había, etc. El informe segundo de los médicos es ratificando la diligencia de autopsia.

Un acta de conciliación entre el señor

Peñasco y Rosales (D. José) y otros, también figura en la prueba. Se refiere a los gritos que un grupo dió una vez ante el centro republicano radical, en cuyo grupo no figura el referido Sr. Rosales (que en paz descanse.)

Por último son leídas las declaraciones del procesado fallecido Francisco Sánchez. Es la referente a la inducción y a su detención por la guardia civil la noche del día de autos. Ante el juez atribuyó la muerte del Sr. Peñasco a Cándido Pérez y éste a aquel.

Continúa la lectura documental, lenta, monótona, tediosa. Se impacienta y se desespera el público, que venía con ánimo de presenciar o escuchar otras cosas.

Un paréntesis

Nos hemos apartado de la causa, y hemos llevado la imaginación a un rincón de la sala, allá en el fondo, tocando con el tribunal popular.

Recordais que os prometimos ayer un comentario, a una risa que mariposeó? Había partido de ese rincón y fué un grato paréntesis en la bruma trágica de la acusación.

Unas lindas jovencitas que ayer aún vimos de corto, asoman su rostro, en racimo los de todas, por el marco rojo del despacho presidencial. Recordais un cuadro de Rubens? Así esa portezuela que enmarca los bustos en escorzo de las mujercitas que asisten a la vista de este proceso.

¿Qué pensarán ellas, ahora habrán comenzado a soñar con el amor, de estas cosas de los hombres?

Aquí han oído hablar de odios y de crímenes; fuera, la hoja periodística les dice de los horrores de la guerra.

Alguna vez, en el curso de la prueba, hemos visto una manita blanca, como un nardo, ir a posarse sobre el rostro empaletado de esas jovencitas. Quizás porque la visión del crimen danzaba ante sus ojos verdes, que quieren ser halago, promesa y optimismo en este vivir de dolor.

Ahora están silenciosas, como encogidas, en el rincón del salón. Todavía no hemos llegado al término de la lectura de ese cerro de papel escrito que nos va diciendo del descuartizamiento de un cadáver por los cirujano, fríamente, serenamente, indiferentemente, para saber que tejidos, cuales órganos fueron interesados por la bala mortífera.

Cerca, la calle con mucha luz; más cerca aún un patio con flores. ¿Por qué estarán aquí, atormentándose esas futuras madres, hoy tal vez novias? Su risa de ayer fué como un rayito de sol en las cumbres, a la hora del anochecer. En el fondo sin luz del salón, apenas distinguimos la palidez de sus rostros, inquietos a lo mejor como unas flores blancas mecidas por la brisa, en la noche...

Hasta mañana

Antes de acabar la prueba documental se retira el representante del ministerio público Sr. de la Escosura y ocupa su puesto el abogado fiscal sustituto Sr. Gómez-Lobo.

A un señor jurado un ujier le sirve un abundante plato de sopas con huevos, con autorización del presidente de la Sala; por haber alegado aquél motivos de salud.

Se hace de noche, se acaba la lectura y se suspende la sesión hasta mañana.

Antes de suspender la vista se ha leído en sesión secreta, por contener algo que pertenece a la vida privada, la célebre carta de Pedro Torres.

Colegio de San Antonio

Valdepeñas

